

El que tenga sed...

El que tenga sed que venga a mí:

El Padre Tejero sacerdote con Cristo.

Primero tengo que pedirlos perdón por atreverme a hablarlos en la homilía; pero cuando el arzobispo dijo que no podía venir, pensamos que no era año para quedarnos sin escuchar algo del Padre Tejero que nos animara espiritualmente.

No sé si lo voy a conseguir; pero, como estamos en familia, me atrevo a intentarlo.

Cuando M. Enriqueta me preguntó si yo podría decir algo sobre el P. Tejero como Sacerdote, que era el tema que iba a tocar el Sr. Arzobispo, se me vinieron un montón de cosas sobre el Padre que me encantaría poder compartir, pero al ponerme a escribir, la cosa no ha sido tan sencilla; y más cuando anoche el P. Ruiz le dijo a M. Enriqueta que me acordara de decir algo sobre el Padre Tejero sacerdote.

Porque si hablamos de la vocación al sacerdocio del Padre Tejero, me parece que no voy a hacer más que repetir lo que ya todos sabéis:

- que surgió en su infancia,
- que tuvo que superar muchas pruebas,
- que lo más grande para él era su vocación,
- que al entrar en el Oratorio vio satisfechas todas sus ansias,
- que convirtió su sacerdocio en una gran labor apostólica,
- que fue apóstol de ojos abiertos y oído atento a las necesidades del rebaño...

Bueno, y así... hasta el infinito.

Pero hoy, en el Evangelio el Señor nos ha dicho:

«El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba. De sus entrañas manarán ríos de agua viva.» (Jn. 7, 37)

Es cierto que Jesús dijo esto refiriéndose a la venida del Espíritu Santo. Por eso hoy, víspera de Pentecostés, nosotros podemos aplicarlo a la realidad de nuestro fundador y vuestro hermano de congregación:

El Padre Tejero tuvo sed y fue a Jesús, creyó en Él y bebió de Él.

Y recibió el Espíritu Santo y de sus entrañas manaron ríos de agua viva.

Agua que dio nueva vida, vida espiritual, a muchas almas que se sentían muertas.

Agua que fundó nuestras congregaciones con Madre Dolores y Madre Mercedes y que hoy sigue dando vida aquí, en América y en África. Y no sólo a los destinatarios de nuestros apostolados, sino principalmente a cada uno de nosotros y a nuestras Hermanas y Hermanos de Congregación.

El que tenga sed...

De todos los escritos del Padre Fundador relacionados con el sacerdocio, que he tenido la oportunidad de leer; hay dos que me han llamado especialmente la atención, y podemos decir que los dos nos hablan de su ser sacerdote y de esa *agua viva* que nos dice el Evangelio de hoy que brotará de nuestras entrañas si tenemos sed y nos acercamos a Jesús con fe y bebemos de su fuente.

El primero es el título que pone al extracto que hace para nosotras del libro de las *Excelencias de la Congregación del Oratorio*, que es: *"Excelencias del Instituto de la Congregación del Oratorio, bajo cuyo espíritu se ha de formar el de la Congregación Felipense, Hijas de María Santísima de los Dolores"*.

A primera vista, nada hay de extraño en este título: el Padre Fundador quiere que nos formemos en el espíritu de San Felipe. Pero, si profundizamos un poco, notaremos que lo que extracta no es un libro sobre el espíritu o la ascética de San Felipe, sino un libro sobre *"el Instituto de la Congregación del Oratorio"*.

Según el diccionario, Instituto es el *"establecimiento o regla que prescribe cierta forma y método de vida o de enseñanza, como es el de las órdenes religiosas"*. Así que las *"excelencias"* sobre las que el Padre quiere que se forme nuestro espíritu son las de la Congregación del Oratorio.

Me diréis que qué tiene eso de extraño. Pero es que la Congregación del Oratorio es, en principio¹, una congregación de sacerdotes; y si leemos, en los primeros renglones, ya nos encontramos que el autor no encuentra otro fin más excelso que aquel al que son llamados los hijos de San Felipe:

*Consistiendo su vocación en tres cosas las más altas y santas que puedan adornar a la Santa Iglesia; esto es, hacer oración, administrar los Sacramentos y enseñar al pueblo con el frecuente uso de la palabra de Dios.*²

Estas palabras, que hemos utilizado en el momento de pedir perdón en esta Eucaristía, son la definición de un buen sacerdote, como fue el P. Tejero y como quiere que seamos nosotras, sus hijas.

No puede decirse que estuviera muy en consonancia con la mentalidad del siglo XIX (ni con la del siglo XXI, pese al Vaticano II) el que las mujeres fueran sacerdotes, pero nuestro Fundador así lo quiere, porque quiere para nosotras lo que para él es lo mejor. Por eso, este texto me ha llamado la atención. Y creo que es que el sacerdocio llenaba de tal modo su alma que le desbordaba y deseaba que nosotras participáramos de ese gran bien.

No he hecho aún un estudio profundo sobre lo que el Padre quitó o puso del libro de las Excelencias; pero es significativo que nos deje como herencia el *ser llamadas a las tres cosas más altas y santas que pueden adornar a la Iglesia*. Veamos:

Oración

Porque, como sacerdotes³ somos intermediarios entre Dios y los hombres. Con una *"intermediación"*, si se puede decir, que va en los dos sentidos.

¹ Aunque también haya hermanos legos

² El libro pone *"apacentar al pueblo con la cotidiana palabra de Dios"*.

El que tenga sed...

Primero, porque, como hoy nos dice el Evangelio, *tenemos sed*. Y la oración nos acerca a Jesús, nos hace vivir con Dios, nos posibilita beber de Él y recibir su Espíritu Santo.

Todos sabemos que cuando el P. Tejero solicita entrar en la Congregación del Oratorio llevaba ya cerca de un año⁴ siendo sacerdote.

Aunque vivía en casa de otros dos sacerdotes (tío y sobrino), nos dice en la Autobiografía:

Como año y medio pasó de este modo, en cuyo tiempo le dio el Señor a conocer cuán peligroso es a un Eclesiástico vivir en medio del mundo, y de cuánto bien retirarse a la soledad y recogimiento del claustro, y no dejarse ver más que el tiempo necesario para hacer bien a los prójimos. Este conocimiento fue apoderándose tan fuertemente de su corazón que le hizo formar la resolución de solicitar entrar en la Congregación de S. Felipe Neri de esta ciudad, única comunidad que había entonces, y que tanto era de su agrado porque su Instituto tenía por objeto la vida activa y contemplativa.

Viendo sus escritos, su vida, podemos decir que cuando aquí habla de “peligroso”, no se refiere sólo a la posibilidad de perder la vocación, o llegar a pecar, sino a las distracciones y falta de tiempo y espacio para, en palabras del Evangelio de hoy, “beber” de la fuente de agua viva.

Es repetitiva hasta la saciedad su insistencia acerca de la necesidad de la oración, del silencio, del encuentro con Dios, de la necesidad de estar a *solas con Él solo*; como dice en los documentos importantísimos para la perfección de la vida religiosa:

Si queréis hacer progresos en la vida espiritual, fabricaros una soledad dentro de vuestra misma clausura, donde encerrada en un prudente retiro y desprendida de todo lo que no conduce a vuestra perfección, viváis sola con Dios solo.

Oración para encontrarse con Dios y oración para presentar a Dios las necesidades de los demás, como él mismo hacía.

Todo lo ponía en manos de Dios, por todo oraba, a todos tenía en su oración. Prácticamente en todas sus cartas habla de que pide por algo o alguien, que pone a alguien o algún asunto en manos de Dios.

Oración de intercesión, porque, como sacerdotes que quiere que seamos, somos intermediarios.

Sería una tontería que os hablara de la vida de oración del Padre Tejero, porque todos sabemos ya de sobra las horas que le dedicó a lo largo de su existencia; sabemos cómo oraba cada vez que tenía que preparar un sermón, etc.

Pero quiero contaros un documento que tienen las Hermanas de la Doctrina, y que constituye el único testimonio que tenemos en que el padre fundador habla de sí mismo, o mejor dicho, consigo mismo evaluando y programando su vida. Lo llama él “Orden interior y exterior de vida”.

³ Somos pueblo de reyes y sacerdotes.

⁴ Bastante menos, porque se ordenó el 29 de septiembre de 1851 y entró en mayo del 52 al Oratorio.

El que tenga sed...

Parece que lo escribió en la larga y dura enfermedad que le apartó de la prepositura durante seis años, y que comenzó aproximadamente en el verano de 1890; debe estar escrito entre el 1892⁵ y 1998.

En él nos encontramos, por poner sólo el ejemplo de la mañana, con que desde las 4 o 4 ½ de la mañana hasta las 10 hace: Oración, Preces, Misa, Gracias, Comuniones, Horas menores y Lectura (del Kempys y de la Escuela de Cristo), desayuno, diario y apuntes.

Desde las 4 hasta las 10 hay 6 horas, y, salvo el desayuno y el diario, son horas de oración, encuentro con Dios y lectura espiritual. Quitémosle una hora para el desayuno y el diario, quedan: ¡cinco!

Y, si miramos el horario de por la tarde, casi nos salen otras tres o cuatro horas; más los “*Afectos*” que pone para el tiempo que pasa desde que se despierta hasta las cuatro.

Creo que no se puede concebir, en un sacerdote miembro de una congregación de vida activa, una vida externamente más centrada en la oración. Y digo externamente, porque internamente aún es más expresivo. Dice en el mismo documento que debe *pasar del Amor de Complacencia al Amor de Benevolencia, y del conocimiento propio hasta la entrega absoluta de la voluntad a Dios.*

Y eso sólo se hace con una vida interior muy fuerte.

Pero no tenemos tiempo para más. Pasemos a la segunda “*cosa más alta y santa*”:

Administrar los Sacramentos

Estoy completamente de acuerdo con el autor de las Excelencias de la Congregación del Oratorio en que si no es la segunda, es la primera cosa más alta y santa en la Iglesia. Lo que ya me causa más extrañeza es que un sacerdote del siglo XIX nos diga a unas mujeres, por muy monjas que seamos, (con todos mis respetos) que estamos llamadas a “*administrar los Sacramentos*”.

Es cierto que, después del Concilio Vaticano II (no 1º), muchas religiosas, y entre ellas algunas hermanas nuestras, administran los Sacramentos, aunque no lleguen a decir Misa. Pero, me sigo repitiendo la misma pregunta: ¿por qué un sacerdote del siglo XIX nos dice que “*administremos los Sacramentos*”?

Todavía lo podría entender, si el extracto fuera directamente escrito para vosotras, las Hermanas de la Doctrina Cristiana, que ibais “*cazando*” gente para conducir las a la iglesia. Perdonadme que lo diga así, pero me autoriza el Padre cuando dice que las Congregaciones Catequistas han de “*perseguir hasta el último rincón*”, “*cautivar con lazos*”, “*atraer*” y “*conducir*”. Aunque a lo mejor había que decir “*cazando amorosamente*”,

Porque vosotras estabais (y lo estáis hoy, claro) llamadas más directamente a esa primera labor que prepara el alma para el Sacramento; y nosotras estábamos (y estamos hoy) llamadas más directamente a esa labor que posibilita al alma mantenerse en el camino comenzado.

⁵ En carta de 1892 a su prima habla de que ve que lo que le viene bien es un buen régimen de vida interior y exterior

El que tenga sed...

No me puedo entretener mucho, pero creo que es muy significativo que el Padre nos diga esto, a todas, pues creo que para todas es ese extracto de las Excelencias del Oratorio que compartimos con nuestros Hermanos Filipenses; pues significa que ya desde los comienzos, nuestro Fundador pensaba en nosotras como eslabón importante para el acercamiento y mantenimiento de las almas en el camino de la salvación, que hoy nos debería hacer cuestionar si estamos siendo auténtico Sacramento de Dios para nuestros hermanos.

Por otra parte, hay otro texto en el extracto de las excelencias que me voy a limitar a citar, pero que también es aclaratorio en este sentido, y es el que habla de los Hermanos Legos; dice:

Y porque los hermanos de la congregación no piensen que sólo los sacerdotes pueden adquirir tantos méritos⁶ en la tierra y después tanta gloria en el cielo; deben persuadirse que también ellos pueden ser participantes, si quieren, de los mismos méritos, y de la misma gloria, y aún mucho más si saben manejarse.

Por último, y brevemente, hablemos de la tercera “cosa más alta y santa”:

Enseñar al pueblo con el frecuente uso de la palabra de Dios

El autor de las Excelencias no dice “enseñar”, sino “apacentar”, palabra más en consonancia con el oficio de pastor que ejercen los sacerdotes; pero el Padre Fundador nos dice que lo nuestro es “enseñar”. También cambia el adverbio de tiempo, no usa “cotidiano”, sino “frecuente”. Porque sabe que nosotras, vamos a estar más ligadas a la tarea de la enseñanza que a la del “pastoreo de almas”, propia de los sacerdotes. Enseñanza en las clases y las catequesis y enseñanza en los hogares; enseñanza de dos formas diferentes, pero iguales.

Un poco más adelante del texto que comentábamos hace un momento, hablando sobre los hermanos legos, continúa:

Son muchos los hermanos de nuestra Congregación que se han señalado en procurar la salvación de las almas, hablándoles familiarmente de las cosas de Dios.

Y pone algunos ejemplos que sería bueno leer, pero no me quiero extender mucho, os lo dejo de “tarea” para casa.

Sólo quiero terminar diciendo que en resumen, era tan alto el concepto que tenía nuestro padre Fundador del sacerdocio, era tan grande su estima por este estado que estoy convencida de que le habría gustado que todas pudiéramos ordenarnos como sacerdotes.

Pero, como todavía no podemos hacerlo, contentémonos sabiendo que “podemos ser participantes, si queremos, de los mismos méritos y la misma gloria, y aún mucho más... si sabemos manejarlos.

Porque el absoluto mérito y la mayor gloria es que lleguemos a pasar del Amor de Complacencia al Amor de Benevolencia, y del conocimiento propio hasta la entrega absoluta de la voluntad a Dios.

⁶ Este texto es de la excelencia tercera, que habla de la Caridad; y en concreto está hablando de la labor apostólica de los Sacerdotes.

El que tenga sed...

Y, no me queda tiempo para hablar del segundo texto del que hablaba al comienzo, y en el que el Padre Fundador dice: “*debo morir muerto, penitente y santo*”. Os lo dejo para vuestra meditación personal, a mí me está llevando por caminos que me sorprenden muchos días.

Gracias.